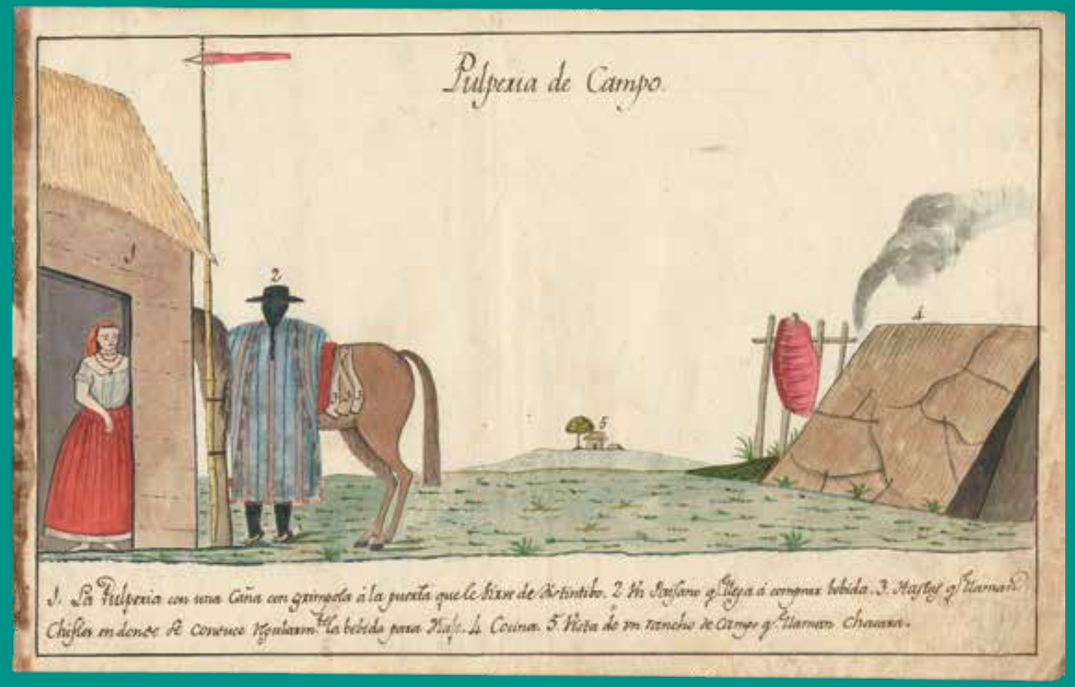
VIAJEROS EN EL TIEMPO

Ignacio Ezcurra y la tradición de la crónica



Anónimo
Pulpería de campo
en "Un viajero virreinal"
Acuarela, 33,6 x 21,4 cm
Colección privada

VIAJEROS EN EL TIEMPO

Ignacio Ezcurra y la tradición de la crónica

Museo Pueyrredón

SI SAN ISIDRO MUNICIPIO · MP MUSEO PUEYRREDÓN · 85 años · GRUPO ASEGURADOR La segunda LO PRIMERO SOS VOS · LA NACION

Gobierno Municipal de San Isidro

Intendente Municipal
Dr. Gustavo Posse

Subsecretaria General de Cultura
Lic. Eleonora Jaureguiberry

Director General de Cultura
Mariano Morello

Directora de Artes Visuales
Prof. Pía Landro

Museo Pueyrredón

Documentación y Registro
Lic. Cecilia Lebrero

Área Educativa
Karina Alvarez, Ing. Cecilia Bolla

Secretaria
Karina Alvarez

Mantenimiento
Yanina Amarillo, Lucas Campero, Laura Santibañez, Omar Toloza

Viajeros en el tiempo. Ignacio Ezcurra y la tradición de la crónica

Exhibición temporaria
Del 29 de septiembre al 9 de diciembre de 2018

Curaduría
Eleonora Jaureguiberry, Cecilia Lebrero, Patricio López Méndez

Textos
Carlos M. Reymundo Roberts

Diseño de montaje
Patricio López Méndez

Diseño gráfico
Marcela Augustowsky

Agradecimientos:
Academia Argentina de Letras
Biblioteca Nacional
Museo Histórico Nacional
Museo Nacional de Bellas Artes
Mario López Olaciregui
Encarnación y Juan I. Ezcurra

Catálogo

Edición
Museo Pueyrredón

Diseño gráfico
Estudio Massolo

Diseño de tapa
Marcela Augustowsky

Fotografía
Carlos Furman

Museo Pueyrredón
Rivera Indarte 48, Acassuso.
www.museopueyrredon.org.ar

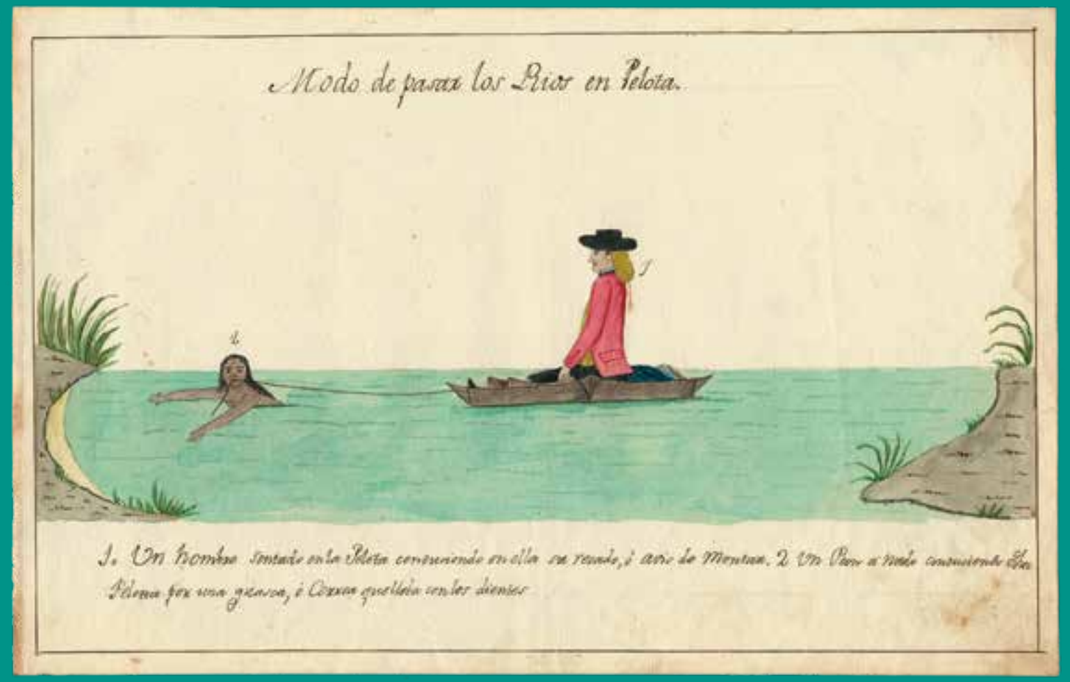
SI SAN ISIDRO MUNICIPIO

MP MUSEO PUEYRREDÓN

85 años

GRUPO ASEGURADOR la segunda LO PRIMERO SOS VOS

LA NACION



Página 29
José Gil de Castro
(Perú, 1785-1841)
Retrato Carmen Zaldívar de Lynch
Óleo sobre tela, 0,91 x 0,65 cm
Colección privada

Anónimo
Modo de pasar los Ríos en Pelota
en "Un viajero virreinal"
Acuarela, 33,4 x 21,4 cm
Colección privada

Un diálogo de dos mundos a través de la crónica

Eleonora Jaureguiberry

El Museo Pueyrredón es, a pesar de su tamaño, un museo inmenso. Su patrimonio arquitectónico es tan extraordinario como los hechos que allí ocurrieron y la gente que lo habitó. Su colección evoca tiempos interesantes: los últimos años del Virreinato, el surgimiento de la causa de la libertad, la construcción de la República, los viajes de las ideas.

En *Viajeros en el tiempo* la muestra temporaria y la colección permanente conviven en las salas y tejen el relato del encuentro de dos mundos. Pintores viajeros que dan cuenta de un mundo exótico, maravilloso; retratistas de campaña, espías, naturalistas devenidos cronistas de guerra, generales que escriben cartas desde el frente de batalla; la aparición del campo autónomo del periodismo y el surgimiento de la fotografía. Este conjunto de imágenes y relatos son relevantes hoy porque nos permiten imaginar un mundo que ya no existe, pero subsiste en la raíz misma de lo que somos. Viajando en el tiempo llegamos al siglo XX y al inolvidable Ignacio Ezcurra, vecino de San Isidro, personaje global, cronista viajero que nos contaba de primera mano lo que ocurría del otro lado del mundo, un mundo para nosotros distante y a veces cruel.

Viajeros en el tiempo pretende ser un ejercicio de la imaginación. Recorrer la muestra con ojos de viaje significa desafiar las categorías de sentido común que nos inclinan a separar el arte de aquello que no lo es, y la literatura de la crónica. Las imágenes y los textos exhibidos mezclan sin pudor y casi sin conciencia el documento, la arenga, la pretensión de afirmación política y social, y la pericia técnica, la innovación estilística y la poesía. La urgencia y el ímpetu son el común denominador. Este catálogo intenta dar cuenta de ese espíritu, y preservarlo del paso del tiempo.

El cronista es siempre un viajero

Cecilia Lebrero

La crónica como género está más asociada al campo literario y periodístico que al ámbito de las artes plásticas; sin embargo, cuando el dibujo o la pintura la realiza un viajero, como anexo a sus apuntes de viaje, es habitual referirse a esta producción como "crónica visual". El registro adquiere por lo general tono descriptivo y es guiado por una mirada que, ajena, se posa sobre zona no explorada. Cuando esto sucede, esa imagen se convierte en crónica.

Lo que se cuenta –aunque se trate de un informe de gobierno o un relevamiento natural–, se tiñe del contexto y la marca de quien lo produce y se realiza en función de un destinatario. El tiempo que media entre la producción de la crónica y su consumo estará determinado por la tecnología que cada época tiene a su disposición. Así, la muestra *Viajeros en el tiempo* puede ser leída también como una exhibición de diferentes maneras de percibir la inmediatez.

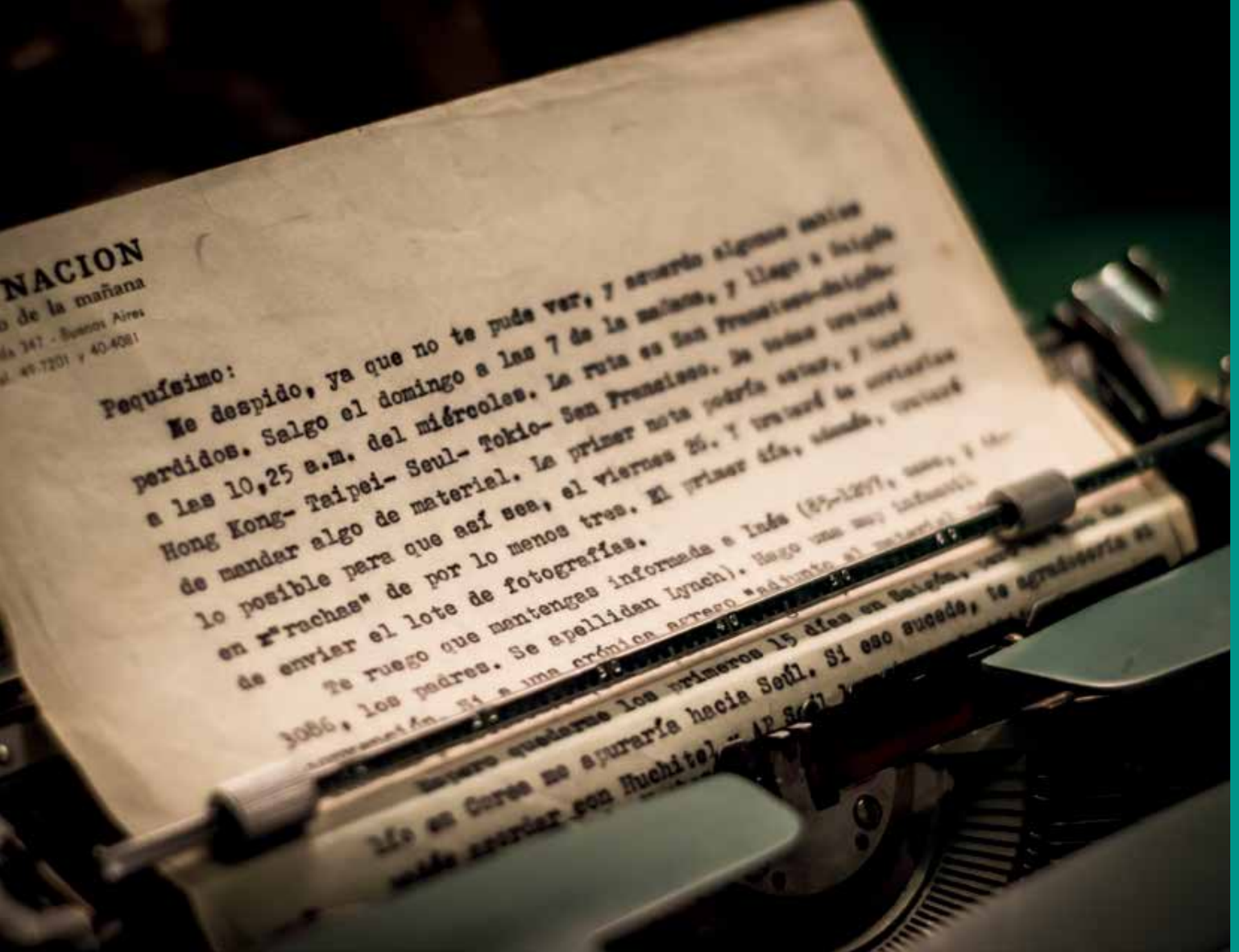
El acceso restringido a la novedad es lo que convierte a estos conjuntos de imágenes en objetos de culto; para nuestra concepción del tiempo, el lapso que separa a estas imágenes de sus consumidores es enorme. El álbum de Adolfo Methfessel que documenta la guerra del Paraguay (1864-1870) acorta esta distancia: su próxima publicación es anunciada en la prensa de Buenos Aires apenas finalizado el conflicto, lo que acerca aún más a este público a la experiencia de una contienda lejana. Un siglo después, Ezcurra en Vietnam, con sus despachos al diario *La Nación*, participa a toda una sociedad de otra guerra que, en virtud de los avances tecnológicos, se transformará en una experiencia de inmediatez hasta entonces desconocida.

A TRAVÉS DE SUS OJOS

Patricio López Méndez

Pocos momentos son tan mágicos como el de transformar una idea en un discurso narrativo en tres dimensiones. Cuando la vemos brotar del boceto al volumen, y el volumen se llena de color y el color se ilumina, construimos un rito escénico que devuelve la voz a los actores y se replica en tantas lecturas como visitantes tiene la muestra. La puesta es el contenedor, el vehículo para comprender el contenido. Inexorablemente llega el momento en el que la muestra cierra; en el mejor de los casos, permanecerá por un tiempo en el recuerdo de quienes la visitaron. La visibilidad vertiginosa de los medios y de las redes, tan efímera como la muestra, desaparecerá también. Sobreviene el vacío.

Con un catálogo prolongamos la fecha de vencimiento. Es el testimonio material de cómo imaginamos a Ignacio Ezcurra como el mejor epílogo del secular itinerario de los cronistas. Esos que se sorprendieron de nuestra geografía interminable, de la aldea devenida en metrópoli y sus tipos exóticos y siempre cambiantes. Los que hicieron un escándalo de un amor indebido y los que salvaron viejas recetas de cocina, los que lloraron a los jóvenes muertos en el Paraguay y volvieron a llorar a los que se llevó la peste. El mundo vio a través de sus ojos un país en formación. A través de los de Ezcurra, nosotros vimos el horror de una guerra cuestionada. Tan diversas miradas vencen al tiempo, vencen a la propia muestra y, a partir de hoy, son catálogo.



La vida a través del relato

Carlos M. Reymundo Roberts

La curiosidad por conocer, la pasión por contar. La magia de descubrir, el arte de relatar. Eso es, en un par de trazos, la crónica, el gran género de historiadores y pintores, de periodistas y fotógrafos, de escritores, profetas y cuentistas. De crónica están hechos desde la Biblia hasta el Martín Fierro. La crónica como palabra o como imagen, siempre instrumento indeleble. La crónica que muestra, describe, ausculta y trasciende. La que desnuda y documenta, la trepidante, la figurativa y la épica, la descarnada, la que sugiere, la que respira.

América fue, en sus albores, crónica de adelantados y dibujantes, de emisarios reales y guerreros; de marinos, cartógrafos, topógrafos, espías y científicos que, entre la aventura, la intrepidez y el asombro, llevaban al Viejo Mundo la salvaje grandiosidad del Nuevo. Testimonios sobre lo porteño y lo rural, sobre civilizaciones en ciernes y sus confines, a partir de una mirada sensible y un certero registro expresivo, ya libro, ya álbum, ya cartas, ya acuarela.

A la vuelta de la historia, ojos americanos cruzaron mares y fronteras para traernos, otra vez de la mano de la crónica, todo eso que hay más allá. Esas realidades lejanas, muchas veces enigmáticas, que una prosa sutil comprende y acerca.

Personas, lugares, momentos. La cotidianeidad, las costumbres, las construcciones, el arte, la vestimenta, el trabajo, la cocina. La guerra y la paz. La muestra “Viajeros en el tiempo” es un recorrido y un repaso, un homenaje a la crónica y a los cronistas. “Desde el Virreinato hasta Ignacio Ezcurra”: desde el amanecer de la patria hasta el siglo XX; desde la Buenos Aires colonial hasta el Vietnam inaudito donde encontró la muerte el inolvidable corresponsal de *La Nación*, que con su pluma y su cámara de fotos nos llevó a las entrañas de un mundo a veces entrañable, a veces feroz.

Viajeros en el tiempo. La historia en palabras e imágenes. La vida a través del relato.

Crónicas visuales: los álbumes

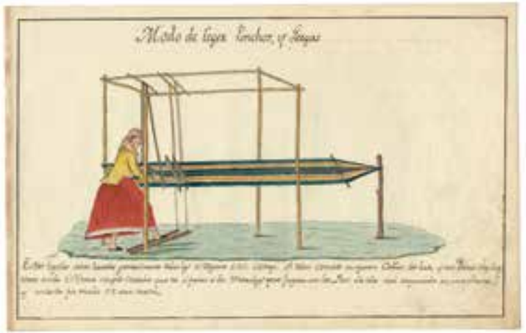
Últimas imágenes del mundo colonial

Un viajero virreinal, obra que reúne acuarelas inéditas de extraordinario valor histórico, de autor anónimo y reciente difusión pública, es la primera crónica en imágenes y textos de la sociedad rioplatense de fines del siglo XVIII y de los primeros años del XIX. Ningún aspecto de la vida rural y urbana de la colonia parece quedar fuera de la mirada aguda y documental del artista, que registra con minuciosidad las personas, su hábitat, sus oficios, sus instrumentos de trabajo, su producción, su vestimenta, sus ratos de ocio y sus animales. Una iconografía que recorre la sociedad virreinal a través de imágenes de trazos sencillos pero certeros, que van acompañadas de textos descriptivos y explicativos cortos, para completar un prodigioso caudal informativo sobre un tiempo y un lugar que no estaban debidamente documentados:

> Se advierte el interés del cronista por los procesos productivos, en primer lugar los de la ganadería y cueros, pero también los de la agricultura, el transporte y comercialización.

Prilidiano Pueyrredón
(Buenos Aires, 1823-1870)
Sacada de la red
Acuarela, 28,5 x 59,3 cm
Colección Museo Nacional de Bellas Artes

Anónimo
Modo de pescar a caballo
en "Un viajero virreinal"
Acuarela, 33,4 x 21,4 cm
Colección privada



Modo de desembarcar en Buenos Ayres

Faena de cueros en el campo

Anónimo
en "Un viajero virreinal",
Acuarela, 33,5 x 21,4 cm
Colección privada

Rancho de un Maestro de Postas

Modo de tejer Ponchos, y Gergas

Sin título

Yndios Pampas

Anónimo
en "Un viajero virreinal",
Acuarela, 33,5 x 21,4 cm
Colección privada

Modo de hacer corambre de Tigre

Paseo de Majo a la moda de Buenos Ayres

Prilidiano Pueyrredón
(Buenos Aires, 1823-1870)
En el corral
Acuarela, 17,5 x 25,5 cm
Colección Museo
Nacional de Bellas Artes

Anónimo
Modo de bolear baguales
en "Un viajero virreinal"
Acuarela, 33,4 x 21,4 cm
Colección privada

> (...). También los lugares de abastecimiento, como pulpería de campo y rancho de postas, plagados de detalles costumbristas. Es factible que el cronista haya sido un funcionario colonial, atento a las posibilidades económicas del nuevo virreinato que recorre el territorio de la nueva administración, sin internarse en regiones no controladas por la corona (Amigo: 2015, XIV-XV).

El voluminoso conjunto de acuarelas, en muy buen estado de conservación, y que, por algunas huellas de oxidación en los papeles indican que fueron encuadernadas como álbum, constituye una radiografía gráfica y literaria de valor incalculable.

Varios de los motivos que ilustran estas láminas se vinculan con temas que abordará Prilidiano Pueyrredón casi un siglo después. Tanto el acuarelista anónimo como Pueyrredón describen visualmente una realidad –la pesca y el rodeo– que no es la de su vida diaria. Mientras el viajero virreinal clasifica y disecciona cada escena como algo ajeno y exótico, Prilidiano, un artista del periodo republicano, la reconstruye, y la reviste de poesía romántica. Eleva la naturaleza a la categoría de paisaje y al gaucho, hasta entonces un habitante marginal e indómito de los suburbios, a protagonista de una nueva épica nacional.

Un espía en el Río de la Plata

Emeric Essex Vidal fue un marino al servicio de la Armada Real Británica. Como muchos caballeros de su medio, desarrolló la práctica del dibujo y la rápida pintura con acuarela para captar la diversidad de nuevos paisajes y sus habitantes, práctica reforzada en su calidad de marino con probable adiestramiento cartográfico. Esta habilidad le permitió registrar las defensas de Buenos Aires y Montevideo, los puertos, los mercados, edificios públicos e iglesias.

Vidal formó parte de una escuadra que tenía como objetivo proteger el comercio inglés ante el avance portugués en el Río de la Plata. Por el puerto de Buenos Aires entraban bienes manufacturados destinados a un mercado consumidor que se extendía desde Buenos Aires hasta Potosí y Santiago de Chile. Para él, la pintura era una forma de documentar ese objetivo, esa misión de la cual formaba parte: "Cronistas, viajeros, expedicionarios y gobernantes se afanaron en conocer la vastedad americana para poder dominarla, convirtiéndola en una tierra domesticada y productiva", escribió la historiadora Lía Munilla Lacasa (2000, p. 113)

El álbum contiene imágenes acompañadas por textos escritos por el propio Vidal, al estilo de diario de viaje. En ese doble registro, los textos señalan lo que debemos ver en las imágenes, hace foco en los temas de interés de sus superiores y es este ejercicio visual y manuscrito lo que convierte su trabajo en una crónica. En su mayoría son láminas apaisadas con fines descriptivos y, junto a los trabajos de Carlos Pellegrini, constituyen las primeras visiones que hoy tenemos del nuevo orden. El álbum de Vidal coincide con el período de gobierno de Juan Martín de Pueyrredón.

Emeric Essex Vidal
(Inglaterra, 1791-1861)
Picturesque Illustrations of Buenos Aires and Montevideo, 1820
Litografía, Imprenta R. Ackermann
Colección privada

Cronistas de guerra

No se sabe qué llevó al suizo Adolfo Methfessel a embarcarse, en 1864, hacia el Río de la Plata. Acaso fue el mito de la América próspera e inagotable. Durante tres décadas participó en la Argentina de expediciones científicas. Paisajista, dibujante, pintor, cronista de guerra, Methfessel quería comprender estas tierras y sus gentes, y atraparlas en textos y cuadros. Sus trabajos pictóricos documentan la Guerra del Paraguay. Vistas de paisajes, campamentos y batallas conformarían el primer álbum de ese conflicto que se publicó en Buenos Aires.

Página 24, 25 y 26
Adolfo Methfessel
(Suiza 1836-1909)
Álbum Methfessel. Escenas de la Guerra del Paraguay, 1869
Buenos Aires,
Litografía Pelvilain
Colección privada

De la colección del Museo, la carta que dirigió Juan Martín de Pueyrredón al Primer Triunvirato mientras estaba al mando del Ejército del Norte. En ella, de forma sencilla y directa, Pueyrredón narra las vicisitudes de una guerra que protagonizó porque la causa revolucionaria así lo requería. Sin formación militar ni verdadero talento para esa misión, pide su relevo para servir a la Patria desde un lugar en el cual se siente más eficaz. Un documento testimonial. Casi un autorretrato.

Juan Martín de Pueyrredón
(Buenos Aires, 1775-1850)
Carta dirigida a Feliciano A. Chiclana, integrante del Primer Triunvirato
Salta, 14 de octubre de 1811
Colección Museo Pueyrredón

José Gil de Castro, la nueva galería de héroes

La retratística ha sido siempre un instrumento para hablar de la persona y sus circunstancias, pero también, de su tiempo, su sociedad, su tierra. Gil de Castro, único retratista que viajó con el Ejército Libertador, construyó la "iconografía de la Independencia". Su taller (oficiales, aprendices, materiales) acompañaba las misiones como oficina difusora de los protagonistas de la guerra. No era un hecho excepcional que un "pardo libre" (hijo de un español y de una esclava que había obtenido poco antes su libertad) estuviera al mando de un taller de pintura. Pintar o esculpir eran tareas manuales, consideradas deshonrosas por los españoles.

Los retratos que produce el taller del "mulato Gil" son los que van a reemplazar a los reyes y a las imágenes religiosas en las salas de la alta sociedad. Es la creación de una nueva galería de héroes y celebridades. El retrato será una herramienta fundamental para su reafirmación y validación. Federico Bermúdez era un oficial venezolano. Carmen Zaldívar, la esposa de Estanislao José A. Lynch, secretario militar de San Martín en el Ejército de Chile y Perú.

José Gil de Castro
(Perú, 1785-1841)
Retrato del Coronel Francisco Bermúdez (detalle)
Óleo sobre tela, 0,99 x 0,75 cm
Colección Museo Histórico Nacional

Página 28
José Gil de Castro
(Perú, 1785-1841)
Retrato del Coronel Federico Bermúdez, 1819
Óleo sobre tela, 0,99 x 0,75 cm
Colección Museo Histórico Nacional

Página 29
José Gil de Castro
(Perú, 1785-1841)
Retrato de Carmen Zaldívar de Lynch
Óleo sobre tela, 0,91 x 0,65 cm
Colección privada

La crónica de un escándalo

La fuga de los amantes y su posterior fusilamiento conmociona a la sociedad por partida doble. Sin embargo, es el castigo ejemplar el que se multiplica en los más variados soportes. Las pinturas y litografías que reproducen el fusilamiento resignifican el episodio, y elevan a Camila y Uladislao a la categoría de mártires.

La mujer, ausente de otros discursos, aparece castigada por lo que el prejuicio construye como su propia naturaleza: una sensibilidad propensa al desborde y a la fantasía, que se resiste al control. El hecho en sí del fusilamiento se constituyó en otro recordatorio perenne que la prensa liberal consideraba como "atrocidades del régimen federal". Y, en favor de la "civilización", fue enarbolado tantas veces como lo juzgaron necesario, sin desmedro de ser la misma prensa que, ante el escándalo, había reclamado un castigo ejemplar.

Francesco Augero
(Italia, 1829-1882)
Ejecución de Camila O´Gorman, Turín, 1858
Óleo sobre tela, 68 x 80 cm
Colección privada

De Plot
Fusilamiento de Camila O´Gorman,
Carte de visite, Imprenta Karsestein
Albúmina sobre cartón
Colección privada

Juana Manuela Gorriti
(Salta, 1818 - Buenos Aires, 1892)
Cocina ecléctica
Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1890
Colección Academia Argentina de Letras

Juana Manuela Gorriti, una compiladora en la cocina

El retrato costumbrista puede venir de fuentes inesperadas. Por ejemplo, de la cocina. Acaso no es el más glamoroso de los ambientes de una vivienda, pero allí no solo se cuecen alimentos, sino tendencias, economías y hasta vínculos. Lo que se come en una casa habla de esa casa, de su cultura y aspiraciones. En *Cocina ecléctica*, de Juana Manuela Gorriti, encontramos mucho más que recetas, en su mayoría de mujeres latinoamericanas. Las damas proveedoras aportan un contenido que no se agota en ingredientes y fórmulas: se explayan en la narración para incluir diálogos e incluso ficción. Entonces, lo que asoma en esta compilación es construcción de identidad territorial. Unitaria y romántica, escritora y pertinaz lectora, Gorriti nos legó un libro que proyecta a la mujer más allá de fuegos y cacerolas. Un libro que, aún hoy, está entre los diez primeros puestos de consulta *online* de la Academia Argentina de Letras.

Pastelitos de huevo a la nena

La picaruela sueña con ellos en el colegio los treinta días del mes.

Así, también, desde que llega a la casa, y no bien recibe los besos maternos, corre a la cocina.

-¿Y?- demanda con autoridad a la déspota del fogón

-¡Ya! listos, frititos y ricos, para esa linda boquita -responde la vieja cocinera, que sólo para ella es sumisa y comedida, ¡qué digo! amante y aduladora.

(...)

La nena fue a ella, y con dos besos le arrancó la receta.

Hela aquí:

Se hace una masa de hojaldra, y bien estirada con el palote, se la corta en cuadritos de ocho centímetros, que se van extendiendo sobre un mantel.

En una sartén puesta al rescoldo vivo, se echa un trozo de mantequilla.

Cuando la mantequilla, ya derretida, está bien caliente, se le quiebran encima los huevos, espolvoreándoles sal y pimienta.

Desde que la clara blanquea, se toma el huevo cuidadosamente, con dos cucharas, y se le acomoda sobre el cuadrito de hojaldra, cubriéndolo con otro, después de haber echado sobre el huevo una cucharada de crema espesa de leche cruda.

Los bordes, inferior y superior del pastelillo se cierran, humedeciéndolos interiormente con el dedo mojado en leche.

Se fríen en grasa de chancho para el almuerzo. Mas, para servirlos en la comida, es mejor cocerlos al horno.

Carolina L. de Castilla (Buenos Aires)

De la aldea a la metrópoli

Crónica de una catástrofe

Buenos Aires tuvo cuatro epidemias de fiebre amarilla: en 1852, 1858, 1870 y 1871. Esta última fue devastadora: se cobró la vida del 8% de los porteños (14.000 personas, en su mayoría, inmigrantes europeos). El flagelo llevó el número de muertos, que no pasaba de 20 por día, a 400 y hasta 500. Entre las víctimas estuvo el destacado abogado y masón José Roque Pérez. Dos terceras partes de la población dejaron la ciudad atestada de miasmas y barriales, escapando de una enfermedad transmitida por un mosquito y que llegaba en barcos provenientes de Brasil, donde era endémica. La epidemia de 1871, sin embargo, habría tenido su origen en Asunción, y probablemente la trajeron los soldados que volvían de la Guerra de la Triple Alianza. *La Nación*, que había sido fundado el 4 de enero de 1870, se hizo eco de la catástrofe en diversos artículos. Con lenguaje llano que oscila entre la crónica y el editorial, esta nota de primera página del 8 de febrero de 1871 aludía al Riachuelo como foco del problema, y proponía soluciones a partir de lo que habían hecho, ante epidemias similares, La Habana, Londres y Barcelona. Los días de la aldea estaban contados: nuevos aires de progreso y una inusitada abundancia de mano de obra calificada arribaba al puerto, clamando por trabajo. Buenos Aires estaba destinada a ser una metrópoli.

Prilidiano Pueyrredón
(Buenos Aires, 1823-1870)
José Roque Pérez, 1865
Óleo sobre tela, 125 x 101,5 cm
Colección Museo Pueyrredón

Los pioneros de la fotografía

Desde que la fotografía se filtró en el medio rioplatense, la idea de de verosimilitud dejó de ser lo que era. El registro fidedigno del invento de Daguerre retrató sin piedad los cambios sufridos en el paisaje urbano y en su gente. Los viejos caserones coloniales se hundían en el barro, la Recova demolida ya no sería la división de dos plazas, las lavanderas del Bajo eran un resabio pretérito,

Página 38
Casa Moody y cía.
Lavanderas y aduana Taylor
Albúmina montada sobre cartón. Emitida hacia 1890.
Colección Museo Fernández Blanco

Casa Moody y cía.
Aduana vieja, iglesia y convento de Santo Domingo en la bajada de Belgrano
Albúmina montada sobre cartón. Emitida hacia 1890
Colección Museo Fernández Blanco

Anónimo.
Mercado del Plata (en calles Artes y Cuyo,
actuales Pellegrini y Sarmiento)
Editada por Almanaque Peuser, Buenos Aires, 1890
Colección Museo Fernández Blanco

Página siguiente
Anónimo.
*Esquina de Alsina y Chacabuco (*Vieja Confitería de los Dos Chinos)
Editada por Almanaque Peuser, Buenos Aires, 1890
Colección Museo Fernández Blanco

una nueva ciudad se levantaba vertiginosamente para celebrar los fastos del primer centenario. La Buenos Aires que cobra vida en grandes edificios, parques, plazas y monumentos; en las orillas de río todavía funcional y siempre del color de la tierra. La Buenos Aires de personas y personajes, la febril del puerto y la Plaza de Mayo; la del Cabildo completo, la de los arrabales, la de damas de largo y caballeros de etiqueta, aun para los menesteres cotidianos. La que se vuelve multitud en las Fiestas Mayas. Es el año 1900 y aparecen los primeros registros fotográficos de la vida y obra de la gran urbe.

HONEYWELL
PENTAX
lucha se
en Saigón
The
Vietnam
Inquirer
A NATIONAL NEWSWEEKLY

Ignacio Ezcurra, perseguidor de historias

Ignacio Ezcurra, quinto de doce hijos de una tradicional familia de San Isidro, era tataranieto de Bartolomé Mitre, fundador de *La Nación*. Descendiente también de Juan Manuel de Rosas, había en los genes de este "periodista absoluto", como lo definió Manuel Mujica Lainez, un viajero empedernido, un observador agudo y pertinaz, un buscador incansable de la verdad. Sobre todas las cosas, Ignacio era un cronista; es decir, una persona curiosa que corría detrás de gentes, acontecimientos y países para conocerlos y retratarlos, siempre cámara en mano, porque también era fotógrafo. Un perseguidor de historias para indagar y contar.

Audaz, aventurero, murió asesinado en Saigón hace 50 años, en mayo de 1968, cuando cubría para *La Nación*, con solo 28 años, la Guerra de Vietnam. Pasó parte de su infancia en una casona colonial de la calle Martín y Omar al 300, en la que hoy está el Colegio de Abogados de San Isidro. Concluidos sus estudios secundarios en el Colegio El Salvador, ingresó en la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, se fue en moto a Brasil y, después, a dedo con dos amigos desde Buenos Aires hasta Nueva York, una odisea de ocho meses. Volvería a Estados Unidos para estudiar periodismo en la Universidad de Missouri (Columbia). Allí conoció el por entonces naciente "nuevo periodismo", creado por Tom Wolfe (*La hoguera de las vanidades*). En la senda de esa corriente que revolucionó el lenguaje informativo, Ignacio combinaba un trabajo de campo sesudo, incansable, con una prosa trepidante y florida hasta entonces solo propia de los textos literarios. Puede decirse, incluso, que fue uno de los precursores en la Argentina de ese periodismo de visceral compromiso con la verosimilitud del relato, al que adscribirían, con trazo maestro, Rodolfo Walsh, Osvaldo Soriano, Tomás Eloy Martínez.

Su "Reportaje al poder negro" (1967, incluido en *Hasta Vietnam*, antología de sus artículos), sobre el conflicto racial en Estados Unidos, es una maravilla narrativa y de investigación, y

Resistencia, Chaco, 1967

aún hoy texto de estudio en las facultades de Periodismo. En quince días, un desconocido jovencito arribado desde la remota Argentina había recorrido los principales guetos del país, desde Nueva York y Washington hasta la incendiada Detroit, y había entrevistado a los mayores líderes negros (Martin Luther King y Rap Brown, entre otros), a relevantes dirigentes blancos, como Robert Kennedy, y a cientos de norteamericanos de a pie.

Llegó a Vietnam con un consentimiento de *La Nación* arrancado a fuerza de convicción e insistencia. Envió unos pocos despachos, vibrantes, certeros. Lo último que dejó escrito sobre su máquina de escribir, antes de salir de apuro hacia el explosivo barrio de Cholón, fueron nueve palabras: "Saigón, 8 de mayo. Correrá mucha sangre en mayo...". La profecía de su propio destino.

“Cristo, chicha y Pachamama en Ayacucho”

Nació Ayacucho como etapa de descanso y defensa en el largo camino de Cuzco a Lima. (...) Llenos los bolsillos y aquietadas las fiebres de conquista, los españoles la hicieron, por su buen clima, lugar de descanso y construyeron allí “las mejores casas del reyno del Perú”.

(...)

La Semana Santa en Ayacucho ofrece el espectáculo de esa especial fe indiana, que mezcla Cristo con chicha y Pachamama, y que para comprender se deberían entender las apasionadas oraciones en quechua que dirigen frente a las imágenes. Sin rival en brillo y tradición en América, suma la fe heredada de los españoles a supersticiones pretéritas y a otras creadas durante la colonia.

(...)

Al amanecer se detienen frente a la catedral, oyen misa, y como por encanto desaparece la gente. Las cholas cargan a sus maridos borrachos y se pierden entre las callejuelas de piedra, para la montaña, hasta el año próximo. La plaza quedó desierta, sólo un borracho duerme en un banco. Llegan los barrenderos a levantar algunas ramas de retama y restos de cohetes. El pueblo duerme hasta el año que viene.

Ignacio Ezcurra
Revista *Vea y Lea*. Buenos Aires, marzo 1964.

“Redescubriendo la batucada”

La ciudad de Río Grande se llamó en un principio *Fuerte de Jesús. María y José*, pero a poco de su fundación apareció un cajón con la imagen de San Pedro flotando en las orillas de la laguna. Con tal prodigio superó el entusiasmo por los otros tres patrones. Hoy día los buenos católicos de la ciudad esperan refuerzos por la misma vía: contra 26 iglesias católicas hay 16 templos protestantes, 1 masón y 103 espiritistas.

(...)

Por varios kilómetros rodean al canal bosques de postes clavados en el fondo, que sostienen redes en las que quedan, cuando hay bajantes, peces y camarones. Es tal la cantidad de estos postes que en varias oportunidades las autoridades han amenazado con mandar un remolcador a destruirlas, pero nunca lo han concretado. En Río Grande es suicidio político declarar la guerra a los pescadores.

Ignacio Ezcurra
Revista *Atlántida*. Buenos Aires, mayo 1964.

“El mundo del silencio”

El monasterio, de sólidas formas románicas, corona una pequeña cumbre, dando un manotón de color a la serranía. Veintitrés hombres viven allí de acuerdo con la constitución de la orden Cisterciense de la Estricta Observancia: silencio, oración, penitencia y rigurosa comunidad.

(...)

El hermano cocinero tiene elementos limitados para mantener a sus activos hermanos: los trapenses no comen carne, aves, pescados ni huevos. Sin embargo, con verduras, leche, frutas y pan negro, una extensa biblioteca culinaria e imaginación les es posible preparar un menú variado y nutritivo.

Ignacio Ezcurra
Revista *Cristina*. Buenos Aires, mayo 1965.

“Iberá, a la espera de la vida”

¿Por qué vive en los esteros? Salvador de Jesús Cabrera, cazador, guitarrero y a veces curandero, no quiere contestar. Se revuelve como una víbora, estira su cara aindiada y recorre con sus ojos alertas, saltones, la chata e inacabable soledad del Iberá. Busca cambiar de tema.

(...)

Los habitantes viven aislados, sin registro civil, ni controles médicos. En la isla de las mujeres está José María Villagra, con menos de cincuenta años, pero que carcomido por la anemia y con el hígado destrozado parece de treinta más. “Médicos por acá no vienen”.

Ignacio Ezcurra
Revista *La Nación*, Buenos Aires,
19 de noviembre de 1967.

“Lucha cerca de Laos en el Valle A. Shau”

Ya volábamos sobre el valle y entre las nubes se veía el camino rojo construido por los norvietnamitas que se había convertido en la principal ruta de infiltración desde la senda de Ho Chi Minh hacia las ciudades del norte del Vietnam del Sur. Bruscamente y zumbando a toda velocidad, rozando la copa de los arbustos y cerros. “A esta altura les resulta más difícil acertarnos”, murmuró un soldado, que rezaba con los ojos entrecerrados, mientras los dos artilleros ametrallaban los bultos sospechosos sin dejar de masticar chicle, cosa que parecían hacer al compás (...)

(...) Con árboles en el borde de la montaña y plantas de maíz, mandioca y bananas en la vega, haciendo abstracción de ruidos, el valle recortaba un paisaje idílico. “Creo que una vez que termine la guerra vendré a pasar unas vacaciones aquí prometió el Teniente Fred Steinberg. Y el jefe de la compañía, Michael Sprayberry, me propuso: “Mañana vamos hacia Laos. Hoy perdimos cuatro hombres y hubo 12 heridos. ¿Nos acompaña?”. Acepté, era un desafío.

“Encarnizada lucha se libró ayer en Saigón”

Saigón, 8. Amanecer del 8 de mayo. Medio mundo de distancia de Buenos Aires. Columnas de humo negro se levantan en el camino de Cholón, en el sector Sur, mientras se escuchan incesantes las ametralladoras y el cañoneo. La visión del lugar es horrible. Mientras llegan camiones y “jeeps” cargados con tropas, se les cruzan camionetas con la cruz roja y su carga macabra. Ya se calculan en más de 1000 los civiles muertos y heridos.

(...)

Todo el día de ayer fue continuo el fluir de despavoridos refugiados que cargando ropas y animales en canastas, bicicletas o motocicletas vinieron hasta el centro. Luego, las familias permanecían amontonadas y en cuclillas en veredas y plazas mirando hacia el Sur la columna negra que consumía sus casas.

Ignacio Ezcurra
Diario *La Nación*. Buenos Aires, 19 de mayo al 2 de junio de 1968.

Ignacio Ezcurra
8 de octubre de 1939 – 8 de mayo de 1968.

Páginas 45-55: Fotografías de Ignacio Ezcurra

“Siento mucho la muerte de los colegas que fueron asesinados días atrás por el Vietcong. Estaban desarmados y tuvieron tiempo de decir que eran periodistas. Fue una crueldad inútil eliminarlos. Por otra parte, entiendo que el periodismo ha sido sumamente imparcial con el Vietcong. Entiendo que todos los que estamos aquí sentimos que estamos corriendo ese riesgo. Y ése es un precio que tenemos que pagar por estar cubriendo la historia más grande y tal vez más triste de este momento”.

Declaraciones de Ignacio Ezcurra a *La Voz de las Américas*, Vietnam, 7 de mayo de 1968.

Biografías

Franceso Augero

Nació en Verolengo, Italia el 22 de setiembre de 1829 y falleció en Turín el 11 de abril de 1882. Fue discípulo de su tío Amadeo Augero y estudió en la Academia Albertina de Turín. Realizó una vasta obra de pincel en iglesias del Piamonte. Notable retratista, pintó los retratos de los reyes de Italia Víctor Manuel II y Humberto Primo. A partir de 1854 se instaló en Estados Unidos (Nueva York) durante varios años. Entre sus obras en esa ciudad figura el telón de boca del Teatro Picks y la cúpula del mismo edificio. Entre 1865 y 1870 residió en Argentina, los óleos *Indios cazando fieras* y *Combate entre indios y la Guardia Nacional* se conservan en el Museo Histórico Nacional, pinturas de la Conquista del Desierto que poseen una gran fuerza dramática de composición y notable colorido.

La ejecución de Camila O'Gorman estuvo inspirada directamente de la litografía realizada en Buenos Aires por Kratzenstein. En 1870 regresó a Italia. Un hijo suyo se radicó en Buenos Aires en 1911.

Emeric Essex Vidal

Vidal nació en Inglaterra el 29 de mayo de 1791. Ingresó en su niñez en la Marina Real Británica donde prestó servicios como oficial y escribiente hasta 1853. Desde mayo de 1816 hasta setiembre de 1818, sirvió a bordo de la flota inglesa estacionada en el Atlántico Sur como contador del buque de S.M.B. "Hyacinth", fondeado en Brasil, y secretario del almirante de la escuadra. Es en este período en el que realiza la mayor parte de las acuarelas por las que fue reconocido.

A su regreso a Inglaterra, a fines de 1818, se puso en contacto con el editor Rudolf Ackermann, de Londres, quien le comisionó la preparación de un libro ilustrado con sus acuarelas. Vidal volvió a pintar, sobre la base de sus acuarelas originales, veintidós acuarelas con vistas y personajes de Buenos Aires, y tres con motivos de Montevideo y de la Banda Oriental. El libro fue impreso en 1820 con el título de *Picturesque Illustrations of Buenos Ayres and Montevideo*. Fue editado en forma de cuadernos, seis en total, y la tirada alcanzó a ochocientos ejemplares (setecientos cincuenta de forma regular y cincuenta en gran papel).

Vidal realizó un nuevo viaje al Río de la Plata en 1828-1829, y posteriormente prestó servicios en Lisboa y Río de Janeiro. Falleció el 7 de mayo de 1861.

José Gil de Castro

Conocido como «el mulato Gil de Castro», nació en Lima el de 6 de septiembre de 1785. Fue un destacado pintor peruano, considerado un artista de transición entre la Colonia y la República. Además de pintor, fue cosmógrafo, ingeniero y topógrafo.

En cuanto a su formación artística, se han tejido muchas versiones: que fue un pintor solitario o que perteneció a la Academia de dibujo y pintura (Catedral de San Fernando). Fue discípulo de algún pintor de renombre como José del Pozo o Julián Jayo, datos que no se han podido confirmar.

Ausente del Perú desde 1805, residió en Chile, de donde pasó a la Argentina en 1811. Se alistó en el Ejército Libertador, con el que volvió a Chile en 1814. Allí fue oficialmente nombrado cartógrafo, topógrafo y capitán del Cuerpo de Ingenieros, cosmógrafo y protoautografista del Director Supremo Bernardo O'Higgins y se le concedió ser miembro de la Legión del Mérito. Murió en la ciudad de Lima en 1841.

Juana Manuela Gorriti

Nació el 16 de Julio de 1816, en Horcones, provincia de Salta. Al recrudecer los conflictos entre unitarios y federales, su padre, José Ignacio Gorriti , tomó partido a favor de los primeros y, en 1831, ante el triunfo de Facundo Quiroga se vio obligado a emigrar con su familia a Bolivia. Alli, Juana Manuela conoció al capitán Manuel Isidoro Belzú con quien contrajo matrimonio en 1833 y con quien tuvo dos hijas: Edelmira y Mercedes. A su arribo al Perú en 1845–a donde acompaña a su marido al exilio—hace publicar en *La revista* de Lima su primer escrito, *La quena* que la consagra como una gran escritora. De regreso en Bolivia, el matrimonio se separa en 1847 y ambos cónyuges desarrollan sus carreras de manera independiente. Belzú ganará posiciones en el escalafón militar y conseguirá la presidencia de Bolivia en 1848. En los años cincuenta Juana Manuela inicia una nueva relación sentimental con un comerciante limeño de apellido Sandoval. Con él tiene dos hijos: Julio y Clorinda.

En 1882 se instala en Buenos Aires y, en esta última etapa de su vida, a pesar de sufrir de problemas de salud, desarrolla una actividad intensa. En 1886 hace su último viaje a Salta cuyas memorias escribe en *La tierra natal* (1889); publica *El mundo de los recuerdos* (1886), una recopilación de escritos muy variados, en la Editorial Lajouane. En 1890 publica con la misma editorial su último libro, *Cocina ecléctica*, colección de recetas culinarias en las que colaboran sus amigas y que ofrece una perspectiva americanista de la región. Muere el 6 de noviembre de 1892, en Buenos Aires.

Adolfo Methfessel

Arquitecto, paisajista, dibujante, pintor y litógrafo, nació en Suiza en 1836. Llegó a Buenos Aires en 1864 y se vinculó con un grupo de científicos alemanes convocados por Sarmiento para promover el desarrollo de las Ciencias Naturales y Exactas en la Argentina.

Acompañó a las tropas aliadas en la Guerra del Paraguay y realizó croquis de las batallas y bosquejó escenas de los combates entre los soldados y navíos de Argentina y Brasil con las tropas paraguayas. Muchos de sus bosquejos se convirtieron en ilustraciones del libro de Alberto Amerlan *Bosquejos de la Guerra del Paragua*y, base luego de las litografías de Pelvilain de 1871, primer conjunto realizado una vez acabado el conflicto.

Como naturalista viajero documentó para el Museo de la Plata desde el lago Buenos Aires (Santa Cruz) hasta el norte argentino. Estas pinturas forman parte de las cincuenta y cuatro obras restauradas. También dejó en nuestro país una cantidad de acuarelas y litografías en las que releva paisajes y escenas típicas argentinas de gran valor histórico.

Prilidiano Pueyrredón

El 24 de enero de 1823 nació en Buenos Aires Prilidiano Pueyrredón, hijo único de Juan Martín de Pueyrredón y María Calixta Tellechea y Caviedes. En 1835, ante la suma de poder otorgada a Juan Manuel de Rosas, la familia decide exiliarse. Viven en París hasta 1841 y luego en Río de Janeiro donde el joven Prilidiano tiene la posibilidad de observar el funcionamiento de la primera academia de arte de América del Sur, instalada por la corte imperial. En 1844 regresaron a París supuestamente para que Prilidiano estudie arquitectura en el Instituto Politécnico. El deseo de su padre de morir en la patria, obligó a la familia a retornar a Buenos Aires a fines de 1849.

Pero, el regreso definitivo de Prilidiano a Buenos Aires ocurrió en agosto de 1854, cuando el panorama político se había modificado radicalmente por la caída del régimen de Rosas en la batalla de Caseros y por la consecuente autonomía del Estado de Buenos Aires. Desde entonces Pueyrredón fue un hombre de la ciudad que asumió importantes tareas en pos de su mejoramiento: proyectó reformas en la Casa de Gobierno y refaccionó la Pirámide de Mayo, entre otras iniciativas.

La pintura era, entonces, una de las tantas tareas que realizaba, a la que se dedicó con más ímpetu recién a comienzos de los años sesenta. Sorprende la cantidad de retratos que realizó entre 1860 y 1867, al tiempo que innovaba en géneros pictóricos como el paisaje, el costumbrismo y el desnudo.

Bibliografía

Amigo, R. (2015). “Introducción”. En AA. VV. *Un Viajero Virreinal. Acuarelas inéditas de la sociedad rioplatense*. Buenos Aires: Hilario. Artes, letras & oficios.

Munilla Lacasa, L. (1999). “Siglo XIX: 1810-1870”. En **Burucúa, J. E.** (dir.) *Historia de cuatro siglos*. Tomo 1. Buenos Aires: Sudamericana.

Museo Pueyrredón
Viajeros en el tiempo: Ignacio Ezcurra y la tradición de la crónica. -
1a ed ilustrada. - San Isidro: Municipalidad de San Isidro, 2019.
58 p.; 22 x 24 cm.

ISBN 978-987-45674-7-5

1. Crónica de Viajes. I. Título.
CDD 070.449

© de la Edición: Museo Pueyrredón

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.